

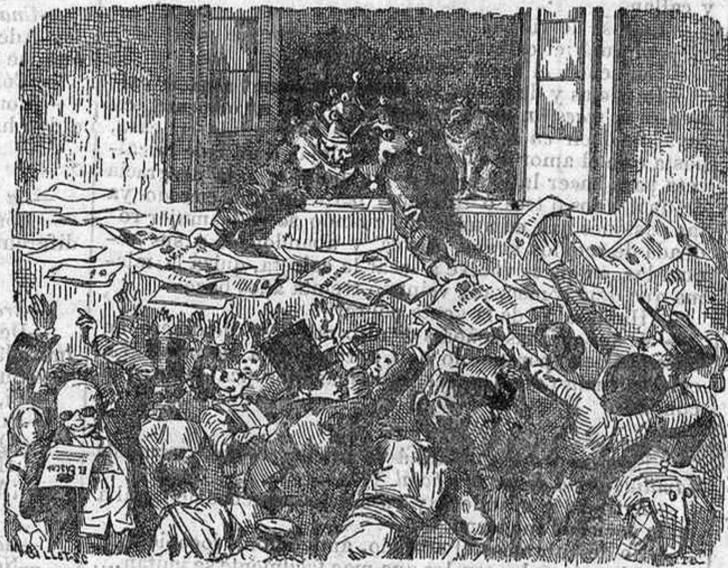
CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, anécdotas, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Jardines, 11, librería.

DIRECCION.—Plaza del Progreso, 4, 2.º



FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

20 en el Extranjero por seis meses=40 en América.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

REVISTA SEMANAL.

¿Qué se ha hecho en la semana última?

Lo que se dice que hizo Cascaciuélas, nada. Han hablado hasta por los codos los que pueden, los que no pueden han callado como muertos, y el público no se ha ocupado para nada en lo que no le importa.

¿Qué poco se hablaría en el mundo si no se hablase tanto en vano!

La lengua debía ser un órgano que se gastase con el uso, y ya tendrían buen cuidado los habladores de no caer en el abuso.

¡Asusta lo que se habla en el mundo!

Desde las criadas de servicio, que siempre hablan con dos ó tres ó cuatro individuos del ejército de todas graduaciones, de soldado á sargento, hasta los ministros... ¡qué hablar! ¡qué charlar! ¡qué manera de mover la sin sin hueso!

Dice el refran que hablando se entiende la gente... ¡qué se ha de entender!... Cuanto mas habla la gente menos se entiende.

Ejemplos:

1.º—Amigo mio, V. ha hecho esto, lo otro, lo de mas allá; V. es un tuno muy largo...

—Oiga V., á mi no me venga V. con indirectas, porque lo que V. ha hecho es cosa que subleva al caballo de la Plaza mayor; y si yo soy un tuno muy largo, lo que es V. se pierda de vista...

—Mire V., eso que dice V., ¿lo dice V. por mí?...

—Hombre! yo lo he dicho por... antes dígame V. una cosa, lo que V. dijo antes ¿lo decía V. por mí?...

—Hombre! ¿V. se confiesa tuno largo?...

—No, señor...

—Pues entonces no lo decía por V.

—Eso queria saber, y bastante hemos hablado.

2.º—Yo ruego á V. S. que me dispense, pero he querido venir á hablar á V. S.

—Bien, está V. dispensado, hable V.

—Pues señor, ya sabe V., yo estaba en la Deuda, y aun estoy; pero es en otra, y desde el año 34 no me habian tocado, pero el nuevo gefe... yo conozco que habra tenido muchos compromisos... pero ya vé V. S., yo tengo muchos años de servicios, y mi padre murió despues de haber hecho la guerra, y como además me casé, y mi mujer, aunque no está bien que yo lo diga, no hay otra para criar á sus hijos... tenemos ya cinco... ya le traeré á V. S. una plana que ha escrito el menor y que se le ha dedicado al señor ministro de la Gobernacion... como dicen que protéje tanto á los que escriben...

—Bueno, pero V. ¿qué es lo que quiere?

—Ya puede V. S. considerar, lo que quiero es, comer, con eso me contento... no crea V. S. que yo he sido nunca alborotador ni me he metido en nada... Buena es mi señora, aunque me está mal el decirlo, para dejarme á mi con amigos... ya vé V., cuando estaba yo colocado iba á buscar carne todos los dias á la oficina y allí se estaba hablando con la portera ó haciendo calceta hasta que me veia salir...

—Y ¿qué destino pretende V.?

—¡Yo!... ya vé V. S., si pudiera ser algo mas que lo que tenia, porque mi mujer está otra vez... en fin, como V. S. me recomiende...

—Pero hombre, si yo no estoy bien con este gobierno...

—Yo tampoco, por eso he venido á molestar la superior atencion de V. S.

—Yo huyo siempre por sistema de pedir favores á nadie.

—Eso quisiera yo hacer, pero uno tiene... en fin, que si no fuera porque el tahonero me conoce ya de toda la vida, y mi mujer case para fuera, porque para dentro no hay qué, y al chico mayor le dan tres reales en un periódico, que lo he metido á ver si se va ilustrando y un dia ú otro es un hombre, que sí lo será si no se muere, Dios no lo quiera, no sé cómo podríamos pasar...

—Pues tráigame V. una netita con el nombre de V.

—¿Lo traere á V. mi partida de casamiento?...

—¡Hombre! no.

—Es que no crea V. que mi mujer es una cualquiera...

Su madre era marquesa de la Gargantilla, muy nombrada en Sevilla... en un baile que dió el rey llevó un vestido que se lo habia traído de las Indias un tío suyo, que valia mas de 2000 reales... una loca, era viuda del marqués, y se casó con el mayordomo de su casa, un audaluz con mas fantasia, y por eso fué el casarse mi mujer conmigo... porque como ella decia, mejor queria casarse con cualquiera que vivir con su padrastra...

—Bueno, yo haré todo lo posible...

—Sí, señor, yo se lo agradeceré á V. S. y ya vendrá mi mujer á dar las gracias, como es debido, á su señora de V. S. y le traerá los chicos, si puede ponerlos decentitos... ¿Le gusta á V. S. el bien me sabe?...

—Hombre!...

—Mi mujer lo hace muy bien, y tengo gusto en que V. S. coma un plato de sus manos.

—No se moleste V.

—No, señor, con poquito gusto lo hará mi señora sabiendo para quien es... Vaya, no quiero molestar mas á V. S.

—Vaya V. con Dios.

—A los pies de la señora. ¿Niños no tienen VV?...

—Sí, señor; tres.

—¡Angelitos! Déles V. S. un beso de mi parte. Ya vendré á verlos con mi señora.

—¡El demonio te lleve!... ¡Juan! cuando venga ese hombre, que no estoy en casa, que no vuelva á entrar aquí.

3.º—¿Me dá V. el paño á cuarenta?

—Señora, no puedo, á cincuenta es lo último.

—¿A cuarenta y seis.

—Lo siento, pero ni á cuarenta y nueve y medio podría...

—¿Cómo ha de ser!

—Siento que se vaya V. sin él...

—Yo tambien lo siento, está una comprando en una tienda toda la vida, y á lo mejor...

—Vamos, señora; para que vea V. que quiero servirla, se lo pondré á V. á cuarenta y nueve y cuartillo.

—Le dicho, á cuarenta y seis.

—Me vá á reñir el principal, pero para que no se vaya V. disgustada, á cuarenta y ocho.

—A cuarenta y seis y medio lo pago, y es de mas.

—V. me quiere perder, señora... En fin, para que vuelva V. otro dia... ¿Cuántas varas corto?

—Media... á ver, á ver, no corte V. con una cuarta tengo bastante...

4.º—¿Qué hay de cosas?...

—Yo, chico, no sé nada; dicen que entra Fulano.

—Calla, hombre; si el que entra es Zutano.

—¿Sabes tú lo que yo haria?... Cojer á cinco ó seis y á Filipinas con ellos.

—Yo haria otra cosa, ganarme su voluntad, y cuando ya me hubieran dejado hacer, les diria: «Hasta aquí llegó.»

—Aqui, se necesitan hombres nuevos.

—Yo si entra Fulano... ya me ha dicho que pida...

—Primero moriria yo de hambre.

—Todos no estamos casados con mujeres ricas...

—Chico, la independecia es una gran cosa, yo no pido nada hasta que pueda pedir algo muy gordo...

—Vaya, adios; me voy á ver si dice algo *La Correspondencia*.

—Yo á recoger á mi señora, que hoy come en casa de su madre...

5.º—Julia, ¿me quieres?...

—Mucho; estaba deseando que viniese, tengo que darte una noticia. ¿Sabes que papá me ha puesto ayer 2000 duros en la Caja de Depósitos por ser mis dias?... Dan el 9 por 100.

—¿Cuánto me alegro!...

—¿Por qué no pones tú algo en la caja?... Mira que es un negocio.

—¿A que no te has acordado de mí en todo el dia?...

—¡Vaya! como que estaba deseando que vinieras para decirte eso... Lo que te dé tu tío lo vas poniendo ahí, ¿no te parece buena idea, ó es que sabes dónde darán más?

—No, no es eso; lo que quiero saber es si me quieres.

—¡Ay! hijo, cómo te gusta que te lo digan... Dí, dos mil duros al 9 ¿cuánto producen?... Papá se ha empeñado en que yo he de hacer la cuenta, y todo el dia me estoy calentando la cabeza...

—¿Ves cómo no has pensado en mí?...

—¡Jesús! no se puede hablar contigo de nada formal.. Verás cómo me lo dice luego Gimenez... Ese siempre sabe como está la Bolsa, y tiene una cabeza para esas cosas.

6.º—¿Conque ayer habló tan mal el señor Tal?

—¿Qué dice V.?

—Lo acabo de leer en el *Mónstruo*.

—Es claro. *El Mónstruo* ¿qué ha de decir? Lea V. lo que dice *La Felicidad del país*:

—¡Toma! ¿quién alaba á la novia?

—Verá V. lo que dice de la contestacion del señor Cual.

—Es claro, dirá horrores.

—Don Tal dijo que D. Cual es un hombre sin conciencia, y don Cual se la tragó.

—¿Qué se lo habia de tragar si fué precisamente lo contrario?...

—Pues amigo, todo el mundo dice eso.

—Todo el mundo es V.

—Lo que le digo á V., es que la cosa está mala.

—Calle V., hombre, ¿eso lo están VV. diciendo hace veinte años?

—Las tres; me voy, que habla Tal.

—Yo iré mañana, que hablará Cual.

—¿Y la Revista? pregunta el lector.

—La Revista de la semana está, en los dos primeros renglones de este artículo.

—No hubo ni hay nada.

—¡Ojalá! dirá el lector.

EN LA ESPOSICION.

—Oiga V., don Timoteo, V. que es aficionado á la agricultura, verá con gusto este cuadro, que es la recoleccion.
—Sí, es bonito cuadro, y bonito asunto para dentro de algun tiempo.
—¿Cómo?...
—Sí, señor, será curiosa la recoleccion de lo que ahora sembramos.

—Aquí tiene V. unos jugadores.
—Eso es para que crea V. que el gobierno persigue el juego.

—¿Sabe V. que me gusta este sueño de color de rosa, doña Andrea?...
—¡Ay! á mi me recuerda los míos....
—¿Y en qué se conoce que es de color de rosa?...
—En la colcha de la cama, que es de ese color.

—Sabe V. que estamos muy bien las mujeres dormidas?...
—¡Ay! nó, señora; en estos tiempos tenemos que estar despiertas, y muy despiertas....
—Nosotras ya podemos dormirnos....
—¡Ay! por mi bastante lo siento.

—Mire V. el Parador de navajas, en las afueras de Madrid.
—El parador podrá estar en las afueras de Madrid, pero las navajas están en los adentros. La gente del bronco no se desprende de esa prenda de embestir ni á tres tirones.

—Costumbre, amigo, costumbre.
—Pues á las malas costumbres se les cortan las piernas.

—Doña Isabel la Católica dictando su testamento.
—Este cuadro de Rosales es uno de los mejores que he visto en la Esposicion. La cabeza de la reina, la actitud del rey, las figuras todas están en su lugar y tienen la expresión propia de la solemne ocasion.

—Yo le quitaría la ropilla verde á aquel señor que está á los pies del lecho.
—Yo nó, porque habiendo aquí tanta gente, me llevarían probablemente al Saladero.
—¡Hombre! digo que no se la hubiera puesto verde.

—S. M. la Reina doña Isabel II en el acto de besar la mano al pobre mas antiguo del hospital de la Caridad de Sevilla.
—¿Qué le parece á V. ese cuadro?
—Este cuadro, amigo don Pancracio, me parece que sería mejor si las figuras estuviesen mejor dibujadas, si la reina se pareciera á la reina, etc., etc.

—Me gusta esta niña haciendo calceta.
—A mi me gustan todas las mujeres que la hacen.

FOLLETIN.

EN UN BAILE DE MASCARAS.

—¡Rafael!
—¿Qué dices, esposa mía?
—Nada, sino que estás algo pensativo. ¿Estás malo?
—Nó, si me encuentro perfectamente.
—Te habrá sucedido algo, y por eso estarás de mal humor.

—Te digo que nó, al menos no tengo por qué estarlo. (¿Si querrá mi mujer pedirme algo?)
—Mas vale así. Oye, ¿sabes que han estado esta tarde Eduardo y su mujer? ¿Los que se casaron ocho dias antes que nosotros?
—¿Sí eh?
—Han preguntado mucho por tí. ¿Si vieras qué amables! Y están muy contentos, segun han dicho. Ellos disfrutan todo lo que pueden, dicen que ahora es el tiempo de hacerlo, así es que no faltan á ninguna diversion.

—Eso que empiezan así, se cansan pronto.
—Y mira, han dicho que el otro dia estuvieron en el baile de máscaras, y que se divertieron tanto.
—Vaya, me alegro.
—Tambien esta noche hay. A las 12 empieza.
—¿Y tambien van?
—Tambien.
—¡Pues que se diviertan mucho!
—¡Ah! se me olvidaba, lo mejor. Me han dicho que si querias yo ir.

—Y tú, ¿qué has dicho?
—Yo... que por mí... si tú querias... en fin, lo que tú dijeras.
—Pues hija mia, yo te digo que no tenemos gana de ir.
—Vamos, hombre, si tuvieras ganas yo tambien tendria.
—Es el caso que no vamos á tenerlas.
—¡Ay, Rafael! ¿Qué poco amable eres! Mira, dame ese gusto, que no he estado nunca en esos bailes, y tengo deseo de verlos siquiera una vez.

—¿De veras no has estado nunca?
—He estado en bailes, pero no en esos.
—Pues hazte cuenta que todos son lo mismo.
—Vaya, hijo, que cuando te empeñas en decir que nó... Antes porque no querias papá, y ahora porque no me dejas tú. En la única época en que creia que haria mi voluntad.

—Sí, señor, á mi tambien, pero es cuando hacen calceta y callan.
—Es cosa de viejas.
—¿El qué? ¿el callar?...
—Nó, señor, el hacer calceta.
—De viejas y de niñas; las niñas empiezan á hacer calceta en la maestra, como se dice vulgar y atrozmente, en lugar de decir en la escuela; siguen haciéndola en casa, hasta que el amor las despierta, y dejan á un lado la calceta para hacer la felicidad de un hombre ó la desgracia de uno, ó dos ó tres ó infinitos; pero un dia, cuando ya las pasiones han enmudecido, cuando se vé la mujer rodeada de retoños suyos, ó sola y abandonada á sus recuerdos, entonces vuelve á saear la calceta, quizá la misma que dejó comenzada veinte ó treinta años hace.

—¿Hablará V. de la gente pobre?...
—Se supone; las señoras de alto rango y de dinero no hacen calceta porque no han aprendido á hacerla.—La calceta, amigo don Lesmes, es la mas filosófica labor que conozco.

—Este cuadro le gustará á V. mucho, es una escena de familia, efecto de luz artificial.
—Artificio y grande hay en muchas escenas de familia en la sociedad moderna.
—No descubramos el artificio, amigo don Procopio, que los malos ejemplos son los que mas facilmente se imitan....

—¡Jesus en la cima del Calvario.
—Recomiendo este recuerdo, ya que no puedo recomendar el cuadro, á los demócratas y á los absolutistas, á los ambiciosos, á los intransigentes, y á todos los que traen revuelto el mundo, que no son pocos.

—Vea V. este estudio de peces.
—¡Hombre! me gusta, pero me parece que hoy el estudio que se hace no es de peces, sino de anzuelos.

—Llegada de un tren á la última estacion, cuadro fantástico.
—En esa última estacion debiamos pensar los que viajamos por el camino de la vida, que es el de la muerte y la vida eterna.

—Estos cuadros de Zamacois me agradan, extraordinariamente.
—Y dá V. pruebas de buen gusto; Zamacois vá á ser un buen pintor; tiene mucho ingenio, mucha modestia y estudia los buenos modelos.
—Pues los paisajes de Martin Rico son tambien cosa notable.

—Siempre ha sido este jóven pintor en extremo estudioso; y yo, que le conozco muchos años hace, puedo decir á V. que es un verdadero artista, artista entusiasta, observador profundo y trabajador incansable.
—Sera uno de nuestros primeros paisajistas.
—Creo que ya lo es.
—Vamos á ver la escultura.

—Pero hija mia, no vamos por muchos motivos. ¿Para qué quieres que te los enumere!
—¿Qué motivos! No tenemos que hacer mas gasto que lo que nos cueste el estar allí, porque ni vestidos ni adornos me hacen falta; á ti tampoco, porque estamos como quien dice recién casados; además, ahora no nos sujetan ni parientes, ni hijos, ni nadie, conque no sé qué motivo....
—Mejor será que los ignores. Una mujer casada debe hacer lo que la dice el marido, mucho mas cuando de no hacerlo acaso sucede perder algo de la dignidad que el y ella se merecen. No te digo sino que en ciertas partes no quisiera ver mujeres casadas.... porque peligran.
—Bueno, será lo que tú digas, pero ayer tambien te pedí otra cosa, y como no podias decir nada en contra, te callaste.
—Vamos á ver, ¿qué era ello?
—Nada, un capricho, pero un capricho que todas llevan.
—Sepamos, ¿qué es ello?
—Te dije que ahora se estilan botas imperiales.
—Y eso, ¿qué querias decir?
—Que me debias regalar unas.
—Bueno, las tendrás. ¿Pero no me hablarás ya del baile?
—Eso nó, basta lo que tú me has dicho.
—(¿Qué dócil es mi Matilde!)

—Un puñal, y una daga.
—Cosa buena
—Una espada árabe.
—Adelante, yo soy poco aficionado á las armas desde que me pasaron por las armas cuando la milicia.
—¿Cómo? ¿le fusilaron á V?...
—Hombre, nó, pero me pasaron el fusil á casa, como quien hace un regalo bueno.

—La Educacion de la virgen.
—Cómo se conoce, amigo, que hoy la educacion es muy diferente.

—Araña de madera, imitacion del siglo XVI.
—Del siglo X las tenemos en casa, y no de madera ni imitadas.
—Su criada de V. será conservadora.
—Sí, señor, conservadora liberal.
—Pues es obra de mérito.
—¿Quién? ¿Mi criada?
—¡Hombre, nó! la araña.
—¡Ah! ya lo creo.

—Aquiles y Pantasilea.
—No conozco ese matrimonio.
—¿Qué matrimonio ni qué ocho cuartos? Aquiles hirió en combate á Pantasilea, reina de las amazonas, y después, al verla tan guapa, tan modosita, tan retrechera y tan hombruna, se enamoró de ella.
—¡Hombre! ¿qué me cuenta V?
—Sí, señor, así sucedió.
—¿Y cuánto fué eso?
—No estoy seguro, pero me parece que fué, poco mas ó menos, hacia el año en que vino á Madrid el duque de Angulema.

—San Vicente de Paul ejerciendo la caridad.
—En cuanto á ejercicios, hoy no se usan ya mas que los gimnásticos, el de tirar al blanco y los de lanza y sable...
—¿Pues qué! ¿no hay caridad?
—Sí, pero se ejerce de otra manera, se hace de modo que no parece caridad, sino vanidad.

—Un sátiro tocando las tibias y un jóven fauno jugando con una cabra.
—¡Hombre! déjeme V. de tibias y faunos.
—Sátiros no faltan hoy.
—Ahí tiene V. uno contemplando el retrato de la Pati.

—Apolo de Belveder, grabado hueco.
—Todos los Apolos suelen estar huecos.
—Algunos le podria yo citar á V. que ocupan altos puestos.
—¿Lo dice V. por Moyano? porque es amigo mio y nos veriamos las caras.

De pronto levanto la vista y me veo delante una máscara.
Una máscara que á mí me pareció un fantasma.
—Y digo una máscara y no un máscara, porque á juzgar por ciertas señales, era ella.
—¡Hola, Rafaelite!—me dijo,—¿qué bien acompañado estás!
—Ya lo ves, no puedo estarlo mejor.
—Bien, bien, conque no puedes estarlo mejor? Eso mismo me decias á mi hace ocho meses.
—Máscara, tú debes estar equivocada.
—Equivocada yo, ¡já! ¡já! Hazte el disimulado, Rafaelito. No te quieres acordar de las noches que nos llevamos pasadas en Capellanes y en los Campos Eliseos.... ¿Aun no caes en cuenta?
—Haz el favor de marcharte, máscara; sin duda estás perdiendo el tiempo.
—Oye, chico, no me quiero marchar, al contrario, voy á sentarme á tu izquierda, os haré compañía á tu esposa y á ti. ¿Conque te has vuelto tan desmemoriado, Rafael?...
—Bueno, hijo, lo siento mucho, tendré yo que contártelo todo.
—(Dios mio, esta es aquella conquista de Capellanes... ¿en qué parará esto?)
—La primera vez que te ví, era cuando aun no habias perdido la memoria. Entonces eras un guapo chico, ahora tambien lo eres, y si no que lo diga tu esposa; pero entonces lo eras mas, y tambien eras mas amable que ahora. Así es que como me agarraste del brazo y me convidaste á café... pues ¿qué habia de hacer yo, al ver un jóven tan guapo, tan atento, que sabia fingir tan bien palabras de amor? seguirte á Capellanes, y al café, y á los Campos Eliseos, y á todas partes. Y después... después que me has engañado porque soy pobre, desapareces de pronto sin saber por qué, y te casas con esta porque es rica... ¿Qué marido harás tú! Antes me decias que te gustaban tanto las morenas, porque yo lo era, y que las rubias eran muy sosas, y al fin te has casado con una rubial. ¡Tampoco de eso te acuerdas! vamos, habla.

—Eso nó, basta lo que tú me has dicho.
—(¿Qué dócil es mi Matilde!)

Seria la media noche. La orquesta, que á la sazón tocaba un animado wals, bullia confusamente en mis oidos, la multitud de luces que iluminaban el teatro heria mi vista, el movimiento rápido y continuo de las parejas, la multitud de bellezas cubiertas ó descubiertas todas llenas de gasas, perfumes, oro, diamantes, brillantes, piedras preciosas, y otros mil y mil adornos que deslumbraban, eclipsaban, fascinaban y enloquecian, escitaban mi imaginacion hasta el punto que creia estar fuera de mí, ó en alguna otra region mas cetera, solo comparable á esas que vemos en sueños al leer los cuentos de las Mil y una noches....

A mi derecha estaba mi esposa. Yo sentia un malestar inexplicable. La miraba y pensaba que aquella mujer hermosa, dócil, cariñosa y buena, aquella mujer que hacia mi felicidad en el seno del hogar, no debia esconderla ante aquel mundo loco que busca placeres fugitivos y momentáneos, porque no tiene esos goces intimos del corazón que se disfrutan en la soledad del amor, de la amistad ó en el seno de la familia, en fin, hasta la atmósfera aquella, creia yo que la manchaba, la profanaba y la hacia desmerecer.

Tales pensamientos me tenian azorado, intranquilo y sin sosiego.

—Un puñal, y una daga.
—Cosa buena
—Una espada árabe.
—Adelante, yo soy poco aficionado á las armas desde que me pasaron por las armas cuando la milicia.
—¿Cómo? ¿le fusilaron á V?...
—Hombre, nó, pero me pasaron el fusil á casa, como quien hace un regalo bueno.

—La Educacion de la virgen.
—Cómo se conoce, amigo, que hoy la educacion es muy diferente.

—Araña de madera, imitacion del siglo XVI.
—Del siglo X las tenemos en casa, y no de madera ni imitadas.
—Su criada de V. será conservadora.
—Sí, señor, conservadora liberal.
—Pues es obra de mérito.
—¿Quién? ¿Mi criada?
—¡Hombre, nó! la araña.
—¡Ah! ya lo creo.

—Aquiles y Pantasilea.
—No conozco ese matrimonio.
—¿Qué matrimonio ni qué ocho cuartos? Aquiles hirió en combate á Pantasilea, reina de las amazonas, y después, al verla tan guapa, tan modosita, tan retrechera y tan hombruna, se enamoró de ella.
—¡Hombre! ¿qué me cuenta V?
—Sí, señor, así sucedió.
—¿Y cuánto fué eso?
—No estoy seguro, pero me parece que fué, poco mas ó menos, hacia el año en que vino á Madrid el duque de Angulema.

—San Vicente de Paul ejerciendo la caridad.
—En cuanto á ejercicios, hoy no se usan ya mas que los gimnásticos, el de tirar al blanco y los de lanza y sable...
—¿Pues qué! ¿no hay caridad?
—Sí, pero se ejerce de otra manera, se hace de modo que no parece caridad, sino vanidad.

—Un sátiro tocando las tibias y un jóven fauno jugando con una cabra.
—¡Hombre! déjeme V. de tibias y faunos.
—Sátiros no faltan hoy.
—Ahí tiene V. uno contemplando el retrato de la Pati.

—Apolo de Belveder, grabado hueco.
—Todos los Apolos suelen estar huecos.
—Algunos le podria yo citar á V. que ocupan altos puestos.
—¿Lo dice V. por Moyano? porque es amigo mio y nos veriamos las caras.

De pronto levanto la vista y me veo delante una máscara.
Una máscara que á mí me pareció un fantasma.
—Y digo una máscara y no un máscara, porque á juzgar por ciertas señales, era ella.
—¡Hola, Rafaelite!—me dijo,—¿qué bien acompañado estás!
—Ya lo ves, no puedo estarlo mejor.
—Bien, bien, conque no puedes estarlo mejor? Eso mismo me decias á mi hace ocho meses.
—Máscara, tú debes estar equivocada.
—Equivocada yo, ¡já! ¡já! Hazte el disimulado, Rafaelito. No te quieres acordar de las noches que nos llevamos pasadas en Capellanes y en los Campos Eliseos.... ¿Aun no caes en cuenta?
—Haz el favor de marcharte, máscara; sin duda estás perdiendo el tiempo.
—Oye, chico, no me quiero marchar, al contrario, voy á sentarme á tu izquierda, os haré compañía á tu esposa y á ti. ¿Conque te has vuelto tan desmemoriado, Rafael?...
—Bueno, hijo, lo siento mucho, tendré yo que contártelo todo.
—(Dios mio, esta es aquella conquista de Capellanes... ¿en qué parará esto?)
—La primera vez que te ví, era cuando aun no habias perdido la memoria. Entonces eras un guapo chico, ahora tambien lo eres, y si no que lo diga tu esposa; pero entonces lo eras mas, y tambien eras mas amable que ahora. Así es que como me agarraste del brazo y me convidaste á café... pues ¿qué habia de hacer yo, al ver un jóven tan guapo, tan atento, que sabia fingir tan bien palabras de amor? seguirte á Capellanes, y al café, y á los Campos Eliseos, y á todas partes. Y después... después que me has engañado porque soy pobre, desapareces de pronto sin saber por qué, y te casas con esta porque es rica... ¿Qué marido harás tú! Antes me decias que te gustaban tanto las morenas, porque yo lo era, y que las rubias eran muy sosas, y al fin te has casado con una rubial. ¡Tampoco de eso te acuerdas! vamos, habla.

—Eso nó, basta lo que tú me has dicho.
—(¿Qué dócil es mi Matilde!)

Seria la media noche. La orquesta, que á la sazón tocaba un animado wals, bullia confusamente en mis oidos, la multitud de luces que iluminaban el teatro heria mi vista, el movimiento rápido y continuo de las parejas, la multitud de bellezas cubiertas ó descubiertas todas llenas de gasas, perfumes, oro, diamantes, brillantes, piedras preciosas, y otros mil y mil adornos que deslumbraban, eclipsaban, fascinaban y enloquecian, escitaban mi imaginacion hasta el punto que creia estar fuera de mí, ó en alguna otra region mas cetera, solo comparable á esas que vemos en sueños al leer los cuentos de las Mil y una noches....

A mi derecha estaba mi mujer. Yo sentia un malestar inexplicable. La miraba y pensaba que aquella mujer hermosa, dócil, cariñosa y buena, aquella mujer que hacia mi felicidad en el seno del hogar, no debia esconderla ante aquel mundo loco que busca placeres fugitivos y momentáneos, porque no tiene esos goces intimos del corazón que se disfrutan en la soledad del amor, de la amistad ó en el seno de la familia, en fin, hasta la atmósfera aquella, creia yo que la manchaba, la profanaba y la hacia desmerecer.

Tales pensamientos me tenian azorado, intranquilo y sin sosiego.

—Un puñal, y una daga.
—Cosa buena
—Una espada árabe.
—Adelante, yo soy poco aficionado á las armas desde que me pasaron por las armas cuando la milicia.
—¿Cómo? ¿le fusilaron á V?...
—Hombre, nó, pero me pasaron el fusil á casa, como quien hace un regalo bueno.

—La Educacion de la virgen.
—Cómo se conoce, amigo, que hoy la educacion es muy diferente.

—Araña de madera, imitacion del siglo XVI.
—Del siglo X las tenemos en casa, y no de madera ni imitadas.
—Su criada de V. será conservadora.
—Sí, señor, conservadora liberal.
—Pues es obra de mérito.
—¿Quién? ¿Mi criada?
—¡Hombre, nó! la araña.
—¡Ah! ya lo creo.

—Aquiles y Pantasilea.
—No conozco ese matrimonio.
—¿Qué matrimonio ni qué ocho cuartos? Aquiles hirió en combate á Pantasilea, reina de las amazonas, y después, al verla tan guapa, tan modosita, tan retrechera y tan hombruna, se enamoró de ella.
—¡Hombre! ¿qué me cuenta V?
—Sí, señor, así sucedió.
—¿Y cuánto fué eso?
—No estoy seguro, pero me parece que fué, poco mas ó menos, hacia el año en que vino á Madrid el duque de Angulema.

—San Vicente de Paul ejerciendo la caridad.
—En cuanto á ejercicios, hoy no se usan ya mas que los gimnásticos, el de tirar al blanco y los de lanza y sable...
—¿Pues qué! ¿no hay caridad?
—Sí, pero se ejerce de otra manera, se hace de modo que no parece caridad, sino vanidad.

—Un sátiro tocando las tibias y un jóven fauno jugando con una cabra.
—¡Hombre! déjeme V. de tibias y faunos.
—Sátiros no faltan hoy.
—Ahí tiene V. uno contemplando el retrato de la Pati.

—Apolo de Belveder, grabado hueco.
—Todos los Apolos suelen estar huecos.
—Algunos le podria yo citar á V. que ocupan altos puestos.
—¿Lo dice V. por Moyano? porque es amigo mio y nos veriamos las caras.

De pronto levanto la vista y me veo delante una máscara.
Una máscara que á mí me pareció un fantasma.
—Y digo una máscara y no un máscara, porque á juzgar por ciertas señales, era ella.
—¡Hola, Rafaelite!—me dijo,—¿qué bien acompañado estás!
—Ya lo ves, no puedo estarlo mejor.
—Bien, bien, conque no puedes estarlo mejor? Eso mismo me decias á mi hace ocho meses.
—Máscara, tú debes estar equivocada.
—Equivocada yo, ¡já! ¡já! Hazte el disimulado, Rafaelito. No te quieres acordar de las noches que nos llevamos pasadas en Capellanes y en los Campos Eliseos.... ¿Aun no caes en cuenta?
—Haz el favor de marcharte, máscara; sin duda estás perdiendo el tiempo.
—Oye, chico, no me quiero marchar, al contrario, voy á sentarme á tu izquierda, os haré compañía á tu esposa y á ti. ¿Conque te has vuelto tan desmemoriado, Rafael?...
—Bueno, hijo, lo siento mucho, tendré yo que contártelo todo.
—(Dios mio, esta es aquella conquista de Capellanes... ¿en qué parará esto?)
—La primera vez que te ví, era cuando aun no habias perdido la memoria. Entonces eras un guapo chico, ahora tambien lo eres, y si no que lo diga tu esposa; pero entonces lo eras mas, y tambien eras mas amable que ahora. Así es que como me agarraste del brazo y me convidaste á café... pues ¿qué habia de hacer yo, al ver un jóven tan guapo, tan atento, que sabia fingir tan bien palabras de amor? seguirte á Capellanes, y al café, y á los Campos Eliseos, y á todas partes. Y después... después que me has engañado porque soy pobre, desapareces de pronto sin saber por qué, y te casas con esta porque es rica... ¿Qué marido harás tú! Antes me decias que te gustaban tanto las morenas, porque yo lo era, y que las rubias eran muy sosas, y al fin te has casado con una rubial. ¡Tampoco de eso te acuerdas! vamos, habla.

—Eso nó, basta lo que tú me has dicho.
—(¿Qué dócil es mi Matilde!)

Seria la media noche. La orquesta, que á la sazón tocaba un animado wals, bullia confusamente en mis oidos, la multitud de luces que iluminaban el teatro heria mi vista, el movimiento rápido y continuo de las parejas, la multitud de bellezas cubiertas ó descubiertas todas llenas de gasas, perfumes, oro, diamantes, brillantes, piedras preciosas, y otros mil y mil adornos que deslumbraban, eclipsaban, fascinaban y enloquecian, escitaban mi imaginacion hasta el punto que creia estar fuera de mí, ó en alguna otra region mas cetera, solo comparable á esas que vemos en sueños al leer los cuentos de las Mil y una noches....

A mi derecha estaba mi mujer. Yo sentia un malestar inexplicable. La miraba y pensaba que aquella mujer hermosa, dócil, cariñosa y buena, aquella mujer que hacia mi felicidad en el seno del hogar, no debia esconderla ante aquel mundo loco que busca placeres fugitivos y momentáneos, porque no tiene esos goces intimos del corazón que se disfrutan en la soledad del amor, de la amistad ó en el seno de la familia, en fin, hasta la atmósfera aquella, creia yo que la manchaba, la profanaba y la hacia desmerecer.

Tales pensamientos me tenian azorado, intranquilo y sin sosiego.

—Un puñal, y una daga.
—Cosa buena
—Una espada árabe.
—Adelante, yo soy poco aficionado á las armas desde que me pasaron por las armas cuando la milicia.
—¿Cómo? ¿le fusilaron á V?...
—Hombre, nó, pero me pasaron el fusil á casa, como quien hace un regalo bueno.

—La Educacion de la virgen.
—Cómo se conoce, amigo, que hoy la educacion es muy diferente.

—Araña de madera, imitacion del siglo XVI.
—Del siglo X las tenemos en casa, y no de madera ni imitadas.
—Su criada de V. será conservadora.
—Sí, señor, conservadora liberal.
—Pues es obra de mérito.
—¿Quién? ¿Mi criada?
—¡Hombre, nó! la araña.
—¡Ah! ya lo creo.

—Aquiles y Pantasilea.
—No conozco ese matrimonio.
—¿Qué matrimonio ni qué ocho cuartos? Aquiles hirió en combate á Pantasilea, reina de las amazonas, y después, al verla tan guapa, tan modosita, tan retrechera y tan hombruna, se enamoró de ella.
—¡Hombre! ¿qué me cuenta V?
—Sí, señor, así sucedió.
—¿Y cuánto fué eso?
—No estoy seguro, pero me parece que fué, poco mas ó menos, hacia el año en que vino á Madrid el duque de Angulema.

—San Vicente de Paul ejerciendo la caridad.
—En cuanto á ejercicios, hoy no se usan ya mas que los gimnásticos, el de tirar al blanco y los de lanza y sable...
—¿Pues qué! ¿no hay caridad?
—Sí, pero se ejerce de otra manera, se hace de modo que no parece caridad, sino vanidad.

—Un sátiro tocando las tibias y un jóven fauno jugando con una cabra.
—¡Hombre! déjeme V. de tibias y faunos.
—Sátiros no faltan hoy.
—Ahí tiene V. uno contemplando el retrato de la Pati.

—Apolo de Belveder, grabado hueco.
—Todos los Apolos suelen estar huecos.
—Algunos le podria yo citar á V. que ocupan altos puestos.
—¿Lo dice V. por Moyano? porque es amigo mio y nos veriamos las caras.

—El grito de Independencia en 1808.
—Este grito lo darán los españoles en todos los años y a todas horas.
—Aviso a quien corresponda.

—Consola y marco de espejo.
—Buena falta me hace en casa, que mi mujer está inconsolable porque no tiene consola.
—Pero el marco sin el espejo...
—Hombre! el espejo donde yo me miro, es mi mujer, de manera que solo me falta el marco.

—El furor de Saul.
—Pobrecillo! parece un ministro que tiene que presentar su dimision.

—La comedia.
—Ese es el mundo; ahora tratamos de hacer la tragedia, y luego vendrá el sainete.
—Lo malo es que para llegar al sainete...
—Verdad es, morirá antes hasta el apuntador.

—Una tigre con sus cachorros.
—Esa es la situación.

—S. M. la Reina en estatua colosal de mármol.
—Colosal es la estatua en efecto, pero ni la posición, ni el traje, ni el parecido son lo que debieran ser.

—S. M. el Rey ídem ídem.
—Pues ídem, ídem.
—Estas estatuas son de Vilches?
—Sí, señor, el director de los pensionados.

LO QUE NO SE PUEDE COMPRAR

CON DINERO.

(De Emilio Souvestre.)

El señor Cristóbal era propietario de un hermoso cortijo, y pasaba por el ricacho mayor de toda la comarca. Arrendatario primero, todo le había salido a pedir de boca; el aire que abrasaba las mieses de sus vecinos pasaba sin tocar sus trigos; la epizootia que diezaba los rebaños de los demás respetaba los suyos; los precios del mercado bajaban siempre cuando él tenía necesidad de comprar, y subían siempre que deseaba vender. Era uno de esos hijos mimados de la causalidad, que siempre sacan el premio gordo en la lotería de la vida, y que empiezan una empresa como se siembran algunas plantas, dejando a la lluvia y al sol el cuidado de su prosperidad.

Engañado por tan decidida fortuna, había acabado por enorgullecerse de ella como de una gran victoria. La explicación de la suerte que le favorecía estaba, en su concepto,

en el hábil empleo de su dinero, al que atribuía todo el poder de la varita mágica de las antiguas hadas. Por lo demás, el señor Cristóbal era un hombre sin malicia, alegre, tratable y servicial, que no había caído en los vicios que frecuentemente produce la riqueza, y se había contentado, para satisfacer al demonio del amor propio, con algunas manías y ridiculeces.

Una mañana, cuando se hallaba ocupado en dirigir los trabajos de los albañiles y carpinteros, empleados en hacer algunas reformas y mejoras en la finca de su propiedad, fué a visitarle uno de sus vecinos, antiguo maestro de escuela que había trabajado cuarenta años, con una mezquina retribucion, y se hallaba a la sazón en un estado muy parecido a la miseria. Don Pablo, que así se llamaba el maestro, habitaba a la entrada del pueblo una casa de pobrísima apariencia, donde vivía mas contento de su modestia y su buen caracter que pesaroso de su misera fortuna.

Saludóle el señor Cristóbal con su afabilidad de siempre.
—Hola! exclamó; ya viene el sabio a ver cómo pongo mi casa como nueva; pase, pase el vecino, que siempre vienen bien los consejos de un filósofo.

En el pueblo se había dado al maestro de escuela el nombre de filósofo, tanto por la estimacion en que se le tenía como por malicia; era ese nombre al mismo tiempo una inocente crítica de su afición a los refranes y un tributo a las prendas poco comunes de su carácter.

El anciano sonrió afablemente, y entró en la casa de su amigo.
El señor Cristóbal le enseñó, con el amor propio de un propietario, la parte nueva de su casa, explicándole minuciosamente todo aquello que aun estaba en proyecto. Su finca iba a ser enriquecida con un nuevo patio, un jardín, cuadras, cobertizos, un granero, habitaciones para los criados y mozos, y útiles de labranza, y sobre todo con un magnífico salon; en el que pensaba el señor Cristóbal, satisfaciendo una afición de muchos años, colocar una mesa de billar, que ya tenía pedida a una de las mejores fábricas.

—No me costarán poco todas estas mejoras, observó el amo de la casa; pero cuando se trata de la comodidad, no hay que escatimar el dinero; ¿no es verdad, don Pablo?
—Tiene V. razon que le sobra por encima de los pelos; el qué puede lo gasta.

—Además, añadió el señor Cristóbal, como ahora vá a haber aqui mas ventilacion y mas espacio, eso no podrá menos de ser favorable a la salud. Y a propósito, señor maestro, ¿sabe V. que ayer, al pasar por casa de V. se me ocurrió una idea?

—Diga V., hombre; a mí se me están ocurriendo ideas hace cuarenta años, y ninguna me sirve de maldita la cosa.
—Pues no es broma, continuó el señor Cristóbal; ayer averigüé yo el motivo de que esté V. siempre doblado con ese reuma de los demonios que no le deja vivir en paz; ¿y sabe V. cuál es el motivo?... pues es muy sencillo, consiste en esa multitud de alamos que tiene V. delante de la ventana, y le quita a V. la claridad y hasta el aire.

—Verdad es, contestó el pobre viejo; al principio no había mas que ramitas con poca hoja, que alegraban la vis-

ta, atraían a los pajarillos y dejaban pasar los rayos de sol; pero despues se ha convertido la alegría en tristeza, y la claridad en oscuridad, así como las gracias de la infancia vienen luego a ser los vicios de la edad madura.

—Hombre! me gusta la calma que gasta V., repuso el señor Cristóbal; lo que hay que hacer es echar abajo los alamos...
—Sí, contestó el maestro, pero sería para eso preciso comprarlos antes.

—¿Sí? pues yo los compro, señor maestro; ya había pensado en ello, y poco me importa lo que cuesten, si logro aliviarle a V. de ese maldito reuma que le tiene hecho una etcétera.

Don Pablo dió gracias por tan señalado servicio al señor Cristóbal.
—No, no me lo agradezca V., repuso este; si hago eso es por probar a V. que el dinero puede ser de mucha utilidad.

—Nadie se lo niega a V., señor Cristóbal.
—Es que digo, y repito y sostengo, que el dinero es la base de todo y sirve para todo.

El maestro de escuela hizo un movimiento de cabeza, que era una protesta de las opiniones del señor Cristóbal.
—Sí, ya sé lo que vá V. a decir, añadió; vá V. a sostener todavía que el dinero no sirve de nada.

—Si que sirve, repuso don Pablo, pero como un instrumento; podemos servirnos de él para el bien ó para el mal, según nuestros instintos y educacion, pero todo no está sometido a su poder.

—Y yo le digo a V. que es el rey del mundo, y que él solo nos proporciona todos los placeres y todas las alegrías de la tierra, y para sustraerse a su influencia es preciso ser un ángel del paraíso.

En el mismo instante llegó un mozo del pueblo, dependiente del municipio, que le entregó un pliego; lo abrió gravemente el señor Cristóbal, y no pudo contener, al fijar en el papel la vista, una exclamacion de alegría.
—Dios me perdone! exclamó; aquí está la prueba de lo que decía, señor don Pablo.

—Vamos, dijo este, me alegro; será una buena noticia...
—¿No ha de ser? Es mi nombramiento de alcalde.

El maestro de escuela felicitó sinceramente al señor Cristóbal por haber logrado una distincion que tanto deseaba el rico propietario y tan merecida además.
—¡Merecida! exclamó el señor Cristóbal, y ¿por qué le merecía yo ser alcalde, señor maestro?... Porque soy el mas leido de la comarca no será, porque ahí está don José, que ha estudiado qué sé yo cuántos años y cuántas cosas, y ha sido juez y no sé qué mas, y tiene en la uña todas las leyes habidas y por haber, y sin embargo, no se han acordado de él. —Porque haya hecho yo muchos servicios al país tampoco será, porque ahí está don Anselmo, que impidió, a riesgo de que lo fusilaran, que en la guerra quemasen el pueblo, y cuando el cólera, estuvo él de casa en casa consolando a las familias, asistiendo a los enfermos y amortajando a los muertos, y ya vé V. el caso que le hacen. —Será acaso que yo soy el hombre mas honrado y sesudo del país? No, señor, porque entonces el alcalde debería ser V., que es la virtud y la probidad con levita raída y pantalón remendado. —Conque, amigo mio, confíese V. que se me ha preferido porque soy el mas influ-

—Matilde, voy a darte un consejo. Tu marido y tú estáis llamando la atención de todo el mundo. Se os estaban riendo, de veros en un baile los dos juntos como unos enamorados. ¿Cómo si a los bailes fuesen las mujeres para estar pegaditas a sus maridos! Ya veo que tú estás todavía vestida a la antigua! Siempre te veo junta con él, no te deja un momento, debe ser algun turco tu marido. Es menester que vayas entrando en la moda; el marido y la mujer es una ridiculez que hagan vida de enamorados, entre ellos debe haber algo mas franqueza, mas libertad, es preciso que rindan culto al mundo social, que harto tiempo tienen de estar juntos cuando están en su casa. Ya verás qué pronto te causas de llevar a tu marido a todas partes como testigo de vista. Vete acostumbrándole poco a poco, que lo mismo hago yo.

Estos y otros consejos que la dió su amiga... la decidieron a ponerse a bailar con uno que a mis ojos pasó por su primo, aunque yo no le conocía ningun primo.
Yo me quedé solo, y no sé si me puse a bailar ó no. Creo que bailé! no lo recuerdo bien. Pero recuerdo perfectamente que mi corazón latía con una violencia cual no había sentido en toda mi vida, que sentía en él un dolor tan vivo como si una serpiente me lo mordiera, que en mi cabeza bullían multitud de ideas terribles y siniestras... en fin, tenía frio y calor, y abría los ojos y no veía bien lo que quería, y trataba de andar y no sé qué trabas se oponían a mis pies que no podía dar un paso, y hacia por recordar sucesos anteriores, y no podía...

Una idea única cruzaba tenaz por mi imaginacion en medio de aquel embarazo general de todas mis facultades.
Yo, pensaba, era feliz antes, Matilde me amaba... si, yo se que me amaba mucho... ella tenía un corazón sencillo y dócil. Me creía bueno porque la decía que a nadie había amado como a ella, y así era la verdad, y creía que fuera de su marido no había nada mas en el mundo.
Ella se ha desengañado hace poco, ha llegado a creer que soy lo contrario que se imaginaba, ha visto muertas sus ilusiones, ha llorado... Dios mio... ¡si me aborrecerá! Despues, convencida por su amiga, me ha abandonado y se ha puesto a bailar alegremente... con su primo y con otros hombres... ¡mi mujer en brazos de otros hombres! ¡Señor, yo pierdo la cabeza!
¡Conque aquella felicidad ha durado tan poco tiempo! ¡Y he de vivir en adelante al lado de una mujer que me aborrece, acosado de dudas crueles y de sospechas infames! ¡Y es aquella mujer tan angelical, tan buena, que hacia mi cielo, mi paraíso en este mundo, la que para siempre será mi infierno! ¡Y soy yo quien ha tenido la culpa! ¡En un momento hetrocado dos almas ángeles, en dos almas demonios! ¡Oh! no podré conformarme con haberme dejado escapar tan fácilmente la dicha de toda mi vida! ¡Era yo tan feliz! ¡La quería tanto! ¡Oh! yo no puedo sufrir esa vida oscura, terrible, de continua lucha, acaso humillante, esa vida azorada, errante, de desesperacion... ¡Oh Dios

mio, quitadme la vida, hacedme ese favor!... No puedo vivir... no, no quiero vivir!...

En este momento sentí un dulce estremecimiento por mi cuerpo y una dulcísima voz de ángel que me decía con acento melodioso:
—¡Rafael, Rafael mio! Despiértate. ¡Has pasado bien la noche? Aquella voz conmovió las fibras de mi corazón. De repente abro los ojos, una viva claridad hiere mi vista, miro desconfiando aun si es verdad lo que me sucede, y me encuentro en el lecho, fatigado todavía de la anterior pesadilla, con los ojos húmedos, pero con el corazón inundado de una súbita alegría.
¡Vuelvo la vista buscando algo que me faltaba para desengañarme, y veo a Matilde de rodillas en su reclinatorio y ante una imagen de la Virgen María, dando gracias por los beneficios que nos ha concedido durante la noche y pidiéndole que nos los conceda para el día!
Acabó Matilde su oracion, levantóse y acercándose a mí:
—¡Ay Dios mio! tú has llorado, Rafael; dime, ¿por qué has llorado?
Entonces la referí aquella parte de mi sueño que a mí me convenia, y añadió:
—Matilde, he llorado porque he creído perderte, si; sería para mí tan cruel perderte, Matilde mia! No me había ocurrido pensar jamás en ello; nuestra conversacion del baile de máscaras me ha producido este sueño. Matilde, no quieras nunca saber lo que es un baile de máscaras para una mujer casada. Si eres feliz conmigo, ¿a qué exponerte a perder tu felicidad y la mia?
Ella, que es tierna y cariñosa, unió sus lágrimas a las mías; yo la estreché contra mi corazón, porque todavía necesitaba alejar toda duda que me quedase, palpando la dicha que un momento había creído perder. Aquella cabeza de ángel que miraba con avidez, aquel corazón que sentía latir junto a mí, aquellos ojos inundados de lágrimas de ternura, ¡eran de ella! ¡Era Matilde! no cabía duda. ¡Y yo estaba a su lado!
¡Será verdad! exclamé. — ¡Conque todavía soy feliz! ¡Conque vive mi Matilde, tan bella y tan buena, y me ama como antes, y aquella muerte terrible de todas nuestras ilusiones y de toda nuestra felicidad no ha sido mas que un sueño!
Y sin poder contener un repentino impulso de agradecimiento; ¡Gracias, Dios mio! dije elevando al cielo mis manos, mis ojos y mi corazón; ¡gracias, porque me habeis hecho conocer una vez siquiera lo que vale mi felicidad antes de haberla perdido!
FELIPE FERNAN.

—Matilde, voy a darte un consejo. Tu marido y tú estáis llamando la atención de todo el mundo. Se os estaban riendo, de veros en un baile los dos juntos como unos enamorados. ¿Cómo si a los bailes fuesen las mujeres para estar pegaditas a sus maridos! Ya veo que tú estás todavía vestida a la antigua! Siempre te veo junta con él, no te deja un momento, debe ser algun turco tu marido. Es menester que vayas entrando en la moda; el marido y la mujer es una ridiculez que hagan vida de enamorados, entre ellos debe haber algo mas franqueza, mas libertad, es preciso que rindan culto al mundo social, que harto tiempo tienen de estar juntos cuando están en su casa. Ya verás qué pronto te causas de llevar a tu marido a todas partes como testigo de vista. Vete acostumbrándole poco a poco, que lo mismo hago yo.

Estos y otros consejos que la dió su amiga... la decidieron a ponerse a bailar con uno que a mis ojos pasó por su primo, aunque yo no le conocía ningun primo.
Yo me quedé solo, y no sé si me puse a bailar ó no. Creo que bailé! no lo recuerdo bien. Pero recuerdo perfectamente que mi corazón latía con una violencia cual no había sentido en toda mi vida, que sentía en él un dolor tan vivo como si una serpiente me lo mordiera, que en mi cabeza bullían multitud de ideas terribles y siniestras... en fin, tenía frio y calor, y abría los ojos y no veía bien lo que quería, y trataba de andar y no sé qué trabas se oponían a mis pies que no podía dar un paso, y hacia por recordar sucesos anteriores, y no podía...

Una idea única cruzaba tenaz por mi imaginacion en medio de aquel embarazo general de todas mis facultades.
Yo, pensaba, era feliz antes, Matilde me amaba... si, yo se que me amaba mucho... ella tenía un corazón sencillo y dócil. Me creía bueno porque la decía que a nadie había amado como a ella, y así era la verdad, y creía que fuera de su marido no había nada mas en el mundo.
Ella se ha desengañado hace poco, ha llegado a creer que soy lo contrario que se imaginaba, ha visto muertas sus ilusiones, ha llorado... Dios mio... ¡si me aborrecerá! Despues, convencida por su amiga, me ha abandonado y se ha puesto a bailar alegremente... con su primo y con otros hombres... ¡mi mujer en brazos de otros hombres! ¡Señor, yo pierdo la cabeza!
¡Conque aquella felicidad ha durado tan poco tiempo! ¡Y he de vivir en adelante al lado de una mujer que me aborrece, acosado de dudas crueles y de sospechas infames! ¡Y es aquella mujer tan angelical, tan buena, que hacia mi cielo, mi paraíso en este mundo, la que para siempre será mi infierno! ¡Y soy yo quien ha tenido la culpa! ¡En un momento hetrocado dos almas ángeles, en dos almas demonios! ¡Oh! no podré conformarme con haberme dejado escapar tan fácilmente la dicha de toda mi vida! ¡Era yo tan feliz! ¡La quería tanto! ¡Oh! yo no puedo sufrir esa vida oscura, terrible, de continua lucha, acaso humillante, esa vida azorada, errante, de desesperacion... ¡Oh Dios

mio, quitadme la vida, hacedme ese favor!... No puedo vivir... no, no quiero vivir!...

En este momento sentí un dulce estremecimiento por mi cuerpo y una dulcísima voz de ángel que me decía con acento melodioso:
—¡Rafael, Rafael mio! Despiértate. ¡Has pasado bien la noche? Aquella voz conmovió las fibras de mi corazón. De repente abro los ojos, una viva claridad hiere mi vista, miro desconfiando aun si es verdad lo que me sucede, y me encuentro en el lecho, fatigado todavía de la anterior pesadilla, con los ojos húmedos, pero con el corazón inundado de una súbita alegría.
¡Vuelvo la vista buscando algo que me faltaba para desengañarme, y veo a Matilde de rodillas en su reclinatorio y ante una imagen de la Virgen María, dando gracias por los beneficios que nos ha concedido durante la noche y pidiéndole que nos los conceda para el día!
Acabó Matilde su oracion, levantóse y acercándose a mí:
—¡Ay Dios mio! tú has llorado, Rafael; dime, ¿por qué has llorado?
Entonces la referí aquella parte de mi sueño que a mí me convenia, y añadió:
—Matilde, he llorado porque he creído perderte, si; sería para mí tan cruel perderte, Matilde mia! No me había ocurrido pensar jamás en ello; nuestra conversacion del baile de máscaras me ha producido este sueño. Matilde, no quieras nunca saber lo que es un baile de máscaras para una mujer casada. Si eres feliz conmigo, ¿a qué exponerte a perder tu felicidad y la mia?
Ella, que es tierna y cariñosa, unió sus lágrimas a las mías; yo la estreché contra mi corazón, porque todavía necesitaba alejar toda duda que me quedase, palpando la dicha que un momento había creído perder. Aquella cabeza de ángel que miraba con avidez, aquel corazón que sentía latir junto a mí, aquellos ojos inundados de lágrimas de ternura, ¡eran de ella! ¡Era Matilde! no cabía duda. ¡Y yo estaba a su lado!
¡Será verdad! exclamé. — ¡Conque todavía soy feliz! ¡Conque vive mi Matilde, tan bella y tan buena, y me ama como antes, y aquella muerte terrible de todas nuestras ilusiones y de toda nuestra felicidad no ha sido mas que un sueño!
Y sin poder contener un repentino impulso de agradecimiento; ¡Gracias, Dios mio! dije elevando al cielo mis manos, mis ojos y mi corazón; ¡gracias, porque me habeis hecho conocer una vez siquiera lo que vale mi felicidad antes de haberla perdido!
FELIPE FERNAN.

—Matilde, voy a darte un consejo. Tu marido y tú estáis llamando la atención de todo el mundo. Se os estaban riendo, de veros en un baile los dos juntos como unos enamorados. ¿Cómo si a los bailes fuesen las mujeres para estar pegaditas a sus maridos! Ya veo que tú estás todavía vestida a la antigua! Siempre te veo junta con él, no te deja un momento, debe ser algun turco tu marido. Es menester que vayas entrando en la moda; el marido y la mujer es una ridiculez que hagan vida de enamorados, entre ellos debe haber algo mas franqueza, mas libertad, es preciso que rindan culto al mundo social, que harto tiempo tienen de estar juntos cuando están en su casa. Ya verás qué pronto te causas de llevar a tu marido a todas partes como testigo de vista. Vete acostumbrándole poco a poco, que lo mismo hago yo.

Estos y otros consejos que la dió su amiga... la decidieron a ponerse a bailar con uno que a mis ojos pasó por su primo, aunque yo no le conocía ningun primo.
Yo me quedé solo, y no sé si me puse a bailar ó no. Creo que bailé! no lo recuerdo bien. Pero recuerdo perfectamente que mi corazón latía con una violencia cual no había sentido en toda mi vida, que sentía en él un dolor tan vivo como si una serpiente me lo mordiera, que en mi cabeza bullían multitud de ideas terribles y siniestras... en fin, tenía frio y calor, y abría los ojos y no veía bien lo que quería, y trataba de andar y no sé qué trabas se oponían a mis pies que no podía dar un paso, y hacia por recordar sucesos anteriores, y no podía...

Una idea única cruzaba tenaz por mi imaginacion en medio de aquel embarazo general de todas mis facultades.
Yo, pensaba, era feliz antes, Matilde me amaba... si, yo se que me amaba mucho... ella tenía un corazón sencillo y dócil. Me creía bueno porque la decía que a nadie había amado como a ella, y así era la verdad, y creía que fuera de su marido no había nada mas en el mundo.
Ella se ha desengañado hace poco, ha llegado a creer que soy lo contrario que se imaginaba, ha visto muertas sus ilusiones, ha llorado... Dios mio... ¡si me aborrecerá! Despues, convencida por su amiga, me ha abandonado y se ha puesto a bailar alegremente... con su primo y con otros hombres... ¡mi mujer en brazos de otros hombres! ¡Señor, yo pierdo la cabeza!
¡Conque aquella felicidad ha durado tan poco tiempo! ¡Y he de vivir en adelante al lado de una mujer que me aborrece, acosado de dudas crueles y de sospechas infames! ¡Y es aquella mujer tan angelical, tan buena, que hacia mi cielo, mi paraíso en este mundo, la que para siempre será mi infierno! ¡Y soy yo quien ha tenido la culpa! ¡En un momento hetrocado dos almas ángeles, en dos almas demonios! ¡Oh! no podré conformarme con haberme dejado escapar tan fácilmente la dicha de toda mi vida! ¡Era yo tan feliz! ¡La quería tanto! ¡Oh! yo no puedo sufrir esa vida oscura, terrible, de continua lucha, acaso humillante, esa vida azorada, errante, de desesperacion... ¡Oh Dios

mio, quitadme la vida, hacedme ese favor!... No puedo vivir... no, no quiero vivir!...

En este momento sentí un dulce estremecimiento por mi cuerpo y una dulcísima voz de ángel que me decía con acento melodioso:
—¡Rafael, Rafael mio! Despiértate. ¡Has pasado bien la noche? Aquella voz conmovió las fibras de mi corazón. De repente abro los ojos, una viva claridad hiere mi vista, miro desconfiando aun si es verdad lo que me sucede, y me encuentro en el lecho, fatigado todavía de la anterior pesadilla, con los ojos húmedos, pero con el corazón inundado de una súbita alegría.
¡Vuelvo la vista buscando algo que me faltaba para desengañarme, y veo a Matilde de rodillas en su reclinatorio y ante una imagen de la Virgen María, dando gracias por los beneficios que nos ha concedido durante la noche y pidiéndole que nos los conceda para el día!
Acabó Matilde su oracion, levantóse y acercándose a mí:
—¡Ay Dios mio! tú has llorado, Rafael; dime, ¿por qué has llorado?
Entonces la referí aquella parte de mi sueño que a mí me convenia, y añadió:
—Matilde, he llorado porque he creído perderte, si; sería para mí tan cruel perderte, Matilde mia! No me había ocurrido pensar jamás en ello; nuestra conversacion del baile de máscaras me ha producido este sueño. Matilde, no quieras nunca saber lo que es un baile de máscaras para una mujer casada. Si eres feliz conmigo, ¿a qué exponerte a perder tu felicidad y la mia?
Ella, que es tierna y cariñosa, unió sus lágrimas a las mías; yo la estreché contra mi corazón, porque todavía necesitaba alejar toda duda que me quedase, palpando la dicha que un momento había creído perder. Aquella cabeza de ángel que miraba con avidez, aquel corazón que sentía latir junto a mí, aquellos ojos inundados de lágrimas de ternura, ¡eran de ella! ¡Era Matilde! no cabía duda. ¡Y yo estaba a su lado!
¡Será verdad! exclamé. — ¡Conque todavía soy feliz! ¡Conque vive mi Matilde, tan bella y tan buena, y me ama como antes, y aquella muerte terrible de todas nuestras ilusiones y de toda nuestra felicidad no ha sido mas que un sueño!
Y sin poder contener un repentino impulso de agradecimiento; ¡Gracias, Dios mio! dije elevando al cielo mis manos, mis ojos y mi corazón; ¡gracias, porque me habeis hecho conocer una vez siquiera lo que vale mi felicidad antes de haberla perdido!
FELIPE FERNAN.

—Matilde, voy a darte un consejo. Tu marido y tú estáis llamando la atención de todo el mundo. Se os estaban riendo, de veros en un baile los dos juntos como unos enamorados. ¿Cómo si a los bailes fuesen las mujeres para estar pegaditas a sus maridos! Ya veo que tú estás todavía vestida a la antigua! Siempre te veo junta con él, no te deja un momento, debe ser algun turco tu marido. Es menester que vayas entrando en la moda; el marido y la mujer es una ridiculez que hagan vida de enamorados, entre ellos debe haber algo mas franqueza, mas libertad, es preciso que rindan culto al mundo social, que harto tiempo tienen de estar juntos cuando están en su casa. Ya verás qué pronto te causas de llevar a tu marido a todas partes como testigo de vista. Vete acostumbrándole poco a poco, que lo mismo hago yo.

Estos y otros consejos que la dió su amiga... la decidieron a ponerse a bailar con uno que a mis ojos pasó por su primo, aunque yo no le conocía ningun primo.
Yo me quedé solo, y no sé si me puse a bailar ó no. Creo que bailé! no lo recuerdo bien. Pero recuerdo perfectamente que mi corazón latía con una violencia cual no había sentido en toda mi vida, que sentía en él un dolor tan vivo como si una serpiente me lo mordiera, que en mi cabeza bullían multitud de ideas terribles y siniestras... en fin, tenía frio y calor, y abría los ojos y no veía bien lo que quería, y trataba de andar y no sé qué trabas se oponían a mis pies que no podía dar un paso, y hacia por recordar sucesos anteriores, y no podía...

Una idea única cruzaba tenaz por mi imaginacion en medio de aquel embarazo general de todas mis facultades.
Yo, pensaba, era feliz antes, Matilde me amaba... si, yo se que me amaba mucho... ella tenía un corazón sencillo y dócil. Me creía bueno porque la decía que a nadie había amado como a ella, y así era la verdad, y creía que fuera de su marido no había nada mas en el mundo.
Ella se ha desengañado hace poco, ha llegado a creer que soy lo contrario que se imaginaba, ha visto muertas sus ilusiones, ha llorado... Dios mio... ¡si me aborrecerá! Despues, convencida por su amiga, me ha abandonado y se ha puesto a bailar alegremente... con su primo y con otros hombres... ¡mi mujer en brazos de otros hombres! ¡Señor, yo pierdo la cabeza!
¡Conque aquella felicidad ha durado tan poco tiempo! ¡Y he de vivir en adelante al lado de una mujer que me aborrece, acosado de dudas crueles y de sospechas infames! ¡Y es aquella mujer tan angelical, tan buena, que hacia mi cielo, mi paraíso en este mundo, la que para siempre será mi infierno! ¡Y soy yo quien ha tenido la culpa! ¡En un momento hetrocado dos almas ángeles, en dos almas demonios! ¡Oh! no podré conformarme con haberme dejado escapar tan fácilmente la dicha de toda mi vida! ¡Era yo tan feliz! ¡La quería tanto! ¡Oh! yo no puedo sufrir esa vida oscura, terrible, de continua lucha, acaso humillante, esa vida azorada, errante, de desesperacion... ¡Oh Dios

mio, quitadme la vida, hacedme ese favor!... No puedo vivir... no, no quiero vivir!...

En este momento sentí un dulce estremecimiento por mi cuerpo y una dulcísima voz de ángel que me decía con acento melodioso:
—¡Rafael, Rafael mio! Despiértate. ¡Has pasado bien la noche? Aquella voz conmovió las fibras de mi corazón. De repente abro los ojos, una viva claridad hiere mi vista, miro desconfiando aun si es verdad lo que me sucede, y me encuentro en el lecho, fatigado todavía de la anterior pesadilla, con los ojos húmedos, pero con el corazón inundado de una súbita alegría.
¡Vuelvo la vista buscando algo que me faltaba para desengañarme, y veo a Matilde de rodillas en su reclinatorio y ante una imagen de la Virgen María, dando gracias por los beneficios que nos ha concedido durante la noche y pidiéndole que nos los conceda para el día!
Acabó Matilde su oracion, levantóse y acercándose a mí:
—¡Ay Dios mio! tú has llorado, Rafael; dime, ¿por qué has llorado?
Entonces la referí aquella parte de mi sueño que a mí me convenia, y añadió:
—Matilde, he llorado porque he creído perderte, si; sería para mí tan cruel perderte, Matilde mia! No me había ocurrido pensar jamás en ello; nuestra conversacion del baile de máscaras me ha producido este sueño. Matilde, no quieras nunca saber lo que es un baile de máscaras para una mujer casada. Si eres feliz conmigo, ¿a qué exponerte a perder tu felicidad y la mia?
Ella, que es tierna y cariñosa, unió sus lágrimas a las mías; yo la estreché contra mi corazón, porque todavía necesitaba alejar toda duda que me quedase, palpando la dicha que un momento había creído perder. Aquella cabeza de ángel que miraba con avidez, aquel corazón que sentía latir junto a mí, aquellos ojos inundados de lágrimas de ternura, ¡eran de ella! ¡Era Matilde! no cabía duda. ¡Y yo estaba a su lado!
¡Será verdad! exclamé. — ¡Conque todavía soy feliz! ¡Conque vive mi Matilde, tan bella y tan buena, y me ama como antes, y aquella muerte terrible de todas nuestras ilusiones y de toda nuestra felicidad no ha sido mas que un sueño!
Y sin poder contener un repentino impulso de agradecimiento; ¡Gracias, Dios mio! dije elevando al cielo mis manos, mis ojos y mi corazón; ¡gracias, porque me habeis hecho conocer una vez siquiera lo que vale mi felicidad antes de haberla perdido!
FELIPE FERNAN.

—Matilde, voy a darte un consejo. Tu marido y tú estáis llamando la atención de todo el mundo. Se os estaban riendo, de veros en un baile los dos juntos como unos enamorados. ¿Cómo si a los bailes fuesen las mujeres para estar pegaditas a sus maridos! Ya veo que tú estás todavía vestida a la antigua! Siempre te veo junta con él, no te deja un momento, debe ser algun turco tu marido. Es menester que vayas entrando en la moda; el marido y la mujer es una ridiculez que hagan vida de enamorados, entre ellos debe haber algo mas franqueza, mas libertad, es preciso que rindan culto al mundo social, que harto tiempo tienen de estar juntos cuando están en su casa. Ya verás qué pronto te causas de llevar a tu marido a todas partes como testigo de vista. Vete acostumbrándole poco a poco, que lo mismo hago yo.

Estos y otros consejos que la dió su amiga... la decidieron a ponerse a bailar con uno que a mis ojos pasó por su primo, aunque yo no le conocía ningun primo.
Yo me quedé solo, y no sé si me puse a bailar ó no. Creo que bailé! no lo recuerdo bien. Pero recuerdo perfectamente que mi corazón latía con una violencia cual no había sentido en toda mi vida, que sentía en él un dolor tan vivo como si una serpiente me lo mordiera, que en mi cabeza bullían multitud de ideas terribles y siniestras... en fin, tenía frio y calor, y abría los ojos y no veía bien lo que quería, y trataba de andar y no sé qué trabas se oponían a mis pies que no podía dar un paso, y hacia por recordar sucesos anteriores, y no podía...

Una idea única cruzaba tenaz por mi imaginacion en medio de aquel embarazo general de todas mis facultades.
Yo, pensaba, era feliz antes, Matilde me amaba... si, yo se que me amaba mucho... ella tenía un corazón sencillo y dócil. Me creía bueno porque la decía que a nadie había amado como a ella, y así era la verdad, y creía que fuera de su marido no había nada mas en el mundo.
Ella se ha desengañado hace poco, ha llegado a creer que soy lo contrario que se imaginaba, ha visto muertas sus ilusiones, ha llorado... Dios mio... ¡si me aborrecerá! Despues, convencida por su amiga, me ha abandonado y se ha puesto a bailar alegremente... con su primo y con otros hombres... ¡mi mujer en brazos de otros hombres! ¡Señor, yo pierdo la cabeza!
¡Conque aquella felicidad ha durado tan poco tiempo! ¡Y he de vivir en adelante al lado de una mujer que me aborrece, acosado de dudas crueles y de sospechas infames! ¡Y es aquella mujer tan angelical, tan buena, que hacia mi cielo, mi paraíso en este mundo, la que para siempre será mi infierno! ¡Y soy yo quien ha tenido la culpa! ¡En un momento hetrocado dos almas ángeles, en dos almas demonios! ¡Oh! no podré conformarme con haberme dejado escapar tan fácilmente la dicha de toda mi vida! ¡Era yo tan feliz! ¡La quería tanto! ¡Oh! yo no puedo sufrir esa vida oscura, terrible, de continua lucha, acaso humillante, esa vida azorada, errante, de desesperacion... ¡Oh Dios

mio, quitadme la vida, hacedme ese favor!... No puedo vivir... no, no quiero vivir!...

En este momento sentí un dulce estremecimiento por mi cuerpo y una dulcísima voz de ángel que me decía con acento melodioso:
—¡Rafael, Rafael mio! Despiértate. ¡Has pasado bien la noche? Aquella voz conmovió las fibras de mi corazón. De repente abro los ojos, una viva claridad hiere mi vista, miro desconfiando aun si es verdad lo que me sucede, y me encuentro en el lecho, fatigado todavía de la anterior pesadilla, con los ojos húmedos, pero con el corazón inundado de una súbita alegría.
¡Vuelvo la vista buscando algo que me faltaba para desengañarme, y veo a Matilde de rodillas en su reclinatorio y ante una imagen de la Virgen María, dando gracias por los beneficios que nos ha concedido durante la noche y pidiéndole que nos los conceda para el día!
Acabó Matilde su oracion, levantóse y acercándose a mí:
—¡Ay Dios mio! tú has llorado, Rafael; dime, ¿por qué has llorado?
Entonces la referí aquella parte de mi sueño que a mí me convenia, y añadió:
—Matilde, he llorado porque he creído perderte, si; sería para mí tan cruel perderte, Matilde mia! No me había ocurrido pensar jamás en ello; nuestra conversacion del baile de máscaras me ha producido este sueño. Matilde, no quieras nunca saber lo que es un baile de máscaras para una mujer casada. Si eres feliz conmigo, ¿a qué exponerte a perder tu felicidad y la mia?
Ella, que es tierna y cariñosa, unió sus lágrimas a las mías; yo la estreché contra mi corazón, porque todavía necesitaba alejar toda duda que me quedase, palpando la dicha que un momento había creído perder. Aquella cabeza de ángel que miraba con avidez, aquel corazón que sentía latir junto a mí, aquellos ojos inundados de lágrimas de ternura, ¡eran de ella! ¡Era Matilde! no cabía duda. ¡Y yo estaba a su lado!
¡Será verdad! exclamé. — ¡Conque todavía soy feliz! ¡Conque vive mi Matilde, tan bella y tan buena, y me ama como antes, y aquella muerte terrible de todas nuestras ilusiones y de toda nuestra felicidad no ha sido mas que un sueño!
Y sin poder contener un repentino impulso de agradecimiento; ¡Gracias, Dios mio! dije elevando al cielo mis manos, mis ojos y mi corazón; ¡gracias, porque me habeis hecho conocer una vez siquiera lo que vale mi felicidad antes de haberla perdido!
FELIPE FERNAN.

—Matilde, voy a darte un consejo. Tu marido y tú estáis llamando la atención de todo el mundo. Se os estaban riendo, de veros en un baile los dos juntos como unos enamorados. ¿Cómo si a los bailes fuesen las mujeres para estar pegaditas a sus maridos! Ya veo que tú estás todavía vestida a la antigua! Siempre te veo junta con él, no te deja un momento, debe ser algun turco tu marido. Es menester que vayas entrando en la moda; el marido y la mujer es una ridiculez que hagan vida de enamorados, entre ellos debe haber algo mas franqueza, mas libertad, es preciso que rindan culto al mundo social, que harto tiempo tienen de estar juntos cuando están en su casa. Ya verás qué pronto te causas de llevar a tu marido a todas partes como testigo de vista. Vete acostumbrándole poco a poco, que lo mismo hago yo.

Estos y otros consejos que la dió su amiga... la decidieron a ponerse a bailar con uno que a mis ojos pasó por su primo, aunque yo no le conocía ningun primo.
Yo me quedé solo, y no sé si me puse a bailar ó no. Creo que bailé! no lo recuerdo bien. Pero recuerdo perfectamente que mi corazón latía con una violencia cual no había sentido en toda mi vida, que sentía en él un dolor tan vivo como si una serpiente me lo mordiera, que en mi cabeza bullían multitud de ideas terribles y siniestras... en fin, tenía frio y calor, y abría los ojos y no veía bien lo que quería, y trataba de andar y no sé qué trabas se oponían a mis pies que no podía dar un paso, y hacia por recordar sucesos anteriores, y no podía...

Una idea única cruzaba tenaz por mi imaginacion en medio de aquel embarazo general de todas mis facultades.
Yo, pensaba, era feliz antes, Matilde me amaba... si, yo se que me amaba mucho... ella tenía un corazón sencillo y dócil. Me creía bueno porque la decía que a nadie había amado como a ella, y así era la verdad, y creía que fuera de su marido no había nada mas en el mundo.
Ella se ha desengañado hace poco, ha llegado a creer que soy lo contrario que se imaginaba, ha visto muertas sus ilusiones, ha llorado... Dios mio... ¡si me aborrecerá! Despues, convencida por su amiga, me ha abandonado y se ha puesto a bailar alegremente... con su primo y con otros hombres... ¡mi mujer en brazos de otros hombres! ¡Señor, yo pierdo la cabeza!
¡Conque aquella felicidad ha durado tan poco tiempo! ¡Y he de vivir en adelante al lado de una mujer que me aborrece, acosado de dudas crueles y de sospechas infames! ¡Y es aquella mujer tan angelical, tan buena, que hacia mi cielo, mi paraíso en este mundo, la que para siempre será mi infierno! ¡Y soy yo quien ha tenido la culpa! ¡En un momento hetrocado dos almas ángeles, en dos almas demonios! ¡Oh! no podré conformarme con haberme dejado escapar tan fácilmente la dicha de toda mi vida! ¡Era yo tan feliz! ¡La quería tanto! ¡Oh! yo no puedo sufrir esa vida oscura, terrible, de continua lucha, acaso humillante, esa vida azorada, errante, de desesperacion... ¡Oh Dios

mio, quitadme la vida, hacedme ese favor!... No puedo vivir... no, no quiero vivir!...

En este momento sentí un dulce estremecimiento por mi cuerpo y una dulcísima voz de ángel que me decía con acento melodioso:
—¡Rafael, Rafael mio! Despiértate. ¡Has pasado bien la noche? Aquella voz conmovió las fibras de mi corazón. De repente abro los ojos, una viva claridad hiere mi vista, miro desconfiando aun si es verdad lo que me sucede, y me encuentro en el lecho, fatigado todavía de la anterior pesadilla, con los ojos húmedos, pero con el corazón inundado de una súbita alegría.
¡Vuelvo la vista buscando algo que me faltaba para desengañarme, y veo a Matilde de rodillas en su reclinatorio y ante

yente, y soy el mas influyente porque soy el mas rico. —El dinero, vecino, siempre el dinero! Ya ha visto V. que con el dinero compro la comodidad para mí, y compraré la salud para V.; ahora vé V. que él es el que me proporciona la consideracion y la autoridad; mañana, si la deseo, me dará otra cosa. Confíese V., pues, que el mundo es una tienda donde se tiene todo lo que se quiere pagando al contado.

—Diga V. ¿le ha vendido á V. Perico su perro? preguntó el maestro, como mudando de conversacion.

—El señor Cristóbal se sonrió, y exclamó, dando un golpecito con la mano en el hombro del maestro:

—¡Hola! señor filósofo, ¡quiere V., como si dijéramos, cogerme en un renuncio!... ¡V. era el que decía que no tendría yo á Leal por todo el dinero que pesa!...

—El dinero que pesa, repuso el maestro, es mucho, pero sé que Perico no se desprende del perro por nada de este mundo.

—Pues amigo, el perro es mio ya! se apresuró á decir con visible satisfaccion el señor Cristóbal.

Don Pablo hizo un movimiento que convenció al señor Cristóbal, de que no le creía.

—Digo la verdad, añadió; el perro es mio desde ayer; Perico tenia firmado un pagaré de su hermana, que venia ayer, no habia un cuarto en su casa, el deudor apuraba, y el mismo Perico vino ayer á traerme el perro.

—¿Y lo tiene V. en casa?

—¡Hombre! ¡es claro! allí está, en el patio ha encontrado todo lo que puede constituir la felicidad de los perros; es decir, una marmita llena de comida muy buena, mejor que la que acostumbraba darle Perico, y un colchon bien blando de paja y heno, y un cuartito bien abrigado y sin humedad... ¡Hombre! ¿qué me mira V. con esa cara de Pasca y esa risita?... ¿A que cree V. todavía que el perro no es mio? Pues señor, tendrá V. que verlo... Allí está, venga V. conmigo.

El señor Cristóbal, seguido del maestro de escuela, dirigióse al patio, pero con asombro vió la marmita volcada, la comida por el suelo, la cadena rota y el colchon muerto de risa; Leal se habia aprovechado de la oscuridad de la noche para recobrar su libertad, saltando por la tapia del patio.

—¡Dios me perdone! exclamó el señor Cristóbal, ¡se me ha escapado el maldito!

—¡Toma! es claro, dijo don Pablo, para volver á casa de Perico.

—Pero hombre, ¿qué habrá ido á buscar allí, cuando aquí estaba como ningún perro estuvo en el mundo?

—Lo que V. no ha podido comprar con él, vecino, dijo afablemente el anciano. La comida que V. le daba era mejor y mas abundante, la cadena mas bonita y mas ligera, la cama mucho mas blanda y el cuartito mas abrigado; pero en casa de Perico tiene el perro sus recuerdos y sus costumbres, y para los animales, como para los hombres, hay algo que no se vende ni se compra. El dinero procura en el mundo todos los bienes, excepto el que dá mayor valor á todos, el afecto. V. no es ningun tanto, y no olvidará la leccion que le acaba de dar la casualidad; si es verdad que por dinero se puede comprar el perro, su afecto no se puede comprar sino con tiempo y cariño.

CASCABELES.

Hemos recibido un librito titulado *Album de mis hijos*, que es una coleccion de poesias del señor don Ramon Torres Muñoz de Luna. Mas que el libro del poeta es libro del hombre de ciencia y del padre de familia.

Estas poesias serán de mucha utilidad en manos de la infancia y de la juventud, y se lo recomendamos al lector.

El señor Pérez Rioja nos ha remitido un tomito de poesias, entre las cuales hemos hallado algunas muy sentidas é inspiradas. Con las buenas disposiciones que manifiesta este autor, lástima fuera que no se dedicase á estudiar conienzuda y detenidamente nuestros buenos poetas antiguos. Así esperamos que lo hará, y que en sus obras sucesivas corregirá algunos defectos en la forma que hemos advertido en el libro que acaba de publicar.

Solucion del geroglífico inserto en el número anterior

Hay muchos que se meten en las quimeras, y salen con las manos en la cabeza. ¡Bien empleado! ¿Quién les mete en la renta del escusado?

(De D. Ramon de la Cruz.)

Nos han dicho que hace algunos días sorprendió la policía una casa de juego en una de las calles mas concurridas de Madrid, llevándose unos 39,000 reales que constituian la banca.

Si el hecho es cierto como creemos, lo aplaudimos; pero para mayor aplauso y satisfaccion del público falta una noticia oficial publicada en la *Gaceta* y *Diario de avisos*, concebida en estos ó parecidos términos:

«Ha sido sorprendida la casa de juego, situada en la calle de tantos, número tantos, recogiendo por el inspector don Fulano la cantidad de tanto, á la que se ha dado tal ó cual destino.»

Mientras esto no se haga, siempre le quedará algo por hacer á la autoridad.

Dos nuevos periódicos se anuncian, *La Europa* y el *Pabellon nacional*.

Periódicos no faltan, pretendientes ó ministros tampoco; todos queremos ser hombres de gobierno, y con todo esto nos hallamos como tres en un zapato.

Todo el mundo trata de edificar; hay proyectos de edi-

ficar una catedral y un teatro nacional; hay sociedades de crédito que edifican casas en la punta de un alfiler, los gobernantes y los periódicos y los hombres públicos edifican con su ejemplo, y lo que entre todos se edifica es una nueva Babilenia.

Solucion del logogrifo del número anterior.

Me ha dicho el demandero de las monjas, don Higino, que tu logogrifo entero es igual á *Patrocinio*.

La Señora de siempre.

La política es la enfermedad de la época.

De política se habla en el café; en el teatro se celebran las alusiones políticas; en cuanto se juntan dos en la calle ya están hablando de política; los estudiantes estudian, además de los libros de testo, lo que se llama la cosa pública; la mayoría de los españoles se hace servir recibos de contribucion por cualquier concepto con objeto de estar en disposicion de ser diputados; cada hombre un poco importante, —porque él se lo cree, —sostiene é inspira un periódico, órgano suyo; todos somos disidentes, no hay dos que estén de acuerdo.

Adelante con los faroles, que al freir será el reir.

El día 9, previo aviso de los interesados, hemos remitido 200 reales al señor don Alejandro Morales, cura párroco de Bustares, para que los entregue á las hermanas de Felipe Cardenal, muerto en las minas de Hiedelaencina, y 200 reales á Manuel de la Barrera, vecino de Trabada, Mondoñedo, padre de José, muerto en las citadas minas.

Tambien hemos entregado 200 rs. á Juan Arias, hermano de Bartolomé, muerto en las minas.

La persona que sepa dónde reside Clara García, viuda de Manuel La Torre, muerto en las citadas minas de Hiedelaencina, nos hará un singular favor avisándola que en esta Direccion hay 600 reales que le pertenecen, y una obra de caridad, contribuyendo á que la citada Clara cobre la cantidad señalada.

Solucion de la charadita del número anterior.

¡Ay! ¡Dios! en tiempos mejores solicitó mis favores y me declaró su amor alguno de esos señores que el gobierno previsor ha nombrado senadores.

La Señora de siempre.

La *Crónica de Castellon* tendrá la bondad de hacer constar que el artículo *Noche-buena* que ha publicado en sus columnas no es suyo, sino tomado de EL CASCABEL.

La *Alerta* de Pontevedra ha publicado en sus columnas un cuento, tomado de un libro, propiedad de EL CASCABEL.

Así es muy fácil hacer periódicos.

El lunes se repartirá la 2.ª entrega de las *Máximas morales autógrafas*, obra á la que la prensa y muchísimas personas ilustradas y el público en general, han dispensado la mas favorable acogida. Esta segunda entrega está escrita por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, don Cándido Necedad, don Antonio Aparici y Guisjarro, don Ramon Campoamor, don Antonio Cánovas del Castillo, don Cayetano Rossell, don Fernando Corradi, doña Angela Grassi, don Modesto Lafuente, don Miguel Sanchez, don Isaac Nuñez Arenas, don Pedro Felipe Monlau, don Ventura Ruiz Aguilera, don Julian Romea, etc., etc.

Sigue abierta la suscripción en la Administracion de EL CASCABEL, Jardines, 11.

Charadita.

Se canta la primera, prima y tercera muerde, y un rey tercera y prima murió de mala suerte, y la segunda y terecia corre, para, va y vuelve, y en unos agujeros á lo mejor se mete, derriba lo que encuentra y está jugando siempre. El todo es nombre, es isla, y muchos como él tiene, quien vive muchos años comprando CASCABELES.

Cayóse dias pasados un albañil desde un cuarto tercero, pero con tan buena fortuna, que cayó sobre un carro cargado de lana que habia á la puerta de cierta fábrica de colchones. Salíó al momento de una taberna inmediata la tabernera con un vaso de agua para el pobre albañil, suponiendo que habria recibido un gran susto.

—Diga V., exclamó el trabajador, ¿desde qué piso tiene que caer uno para que le den á uno un vaso de vino?...

En el número anterior refirió el CASCABEL la tentativa de asesinato cometida en una casa de juego. Hoy daremos la receta de un remedio contra esta plaga.

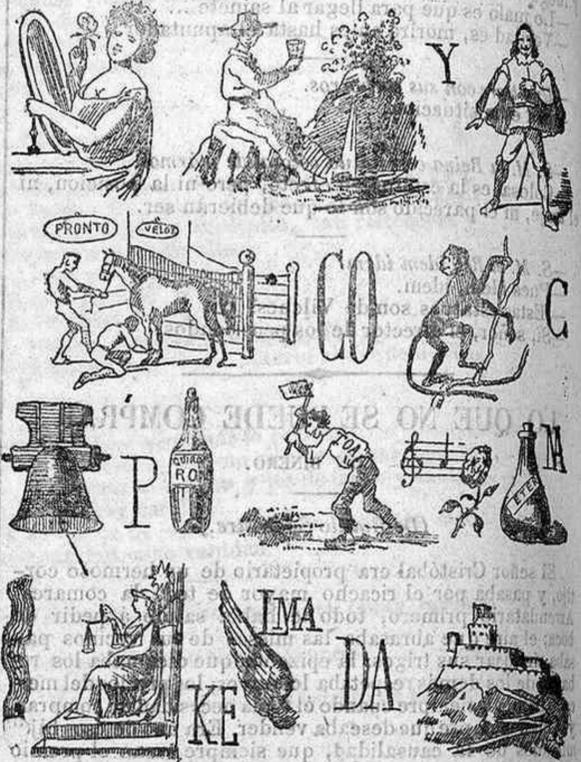
La prensa ha encomiado con justicia la suma habilidad del señor *Canonje*, célebre prestidigitador catalán, muy aplaudido ya en distintas ocasiones en varios teatros y aun en la Regia cámara.

Hace pocas noches hemos asistido á una sesion que

dió para demostrar su saber, sin otro auxilio que un par de barajas, tomadas al acaso y con el laudable fin de hacer presente los fraudes que ofrecen los juegos, y con especialidad el del monte, y la segura facilidad con que puede abusarse de los incantos. Una de las demostraciones mas sencillas de su habilidad es la de ganar siempre é infaliblemente haciendo aparecer las cartas segun se le piden.

El objeto moral que se propone el señor de *Canonje*, que es el de hacer mirar con recelo á los jugadores de profesion, es sumamente laudable, y creemos que si estableciese en Madrid frecuentes sesiones de fisica recreativa y de naipes, como su colega Mr. Robert Houdin de Paris, debia concurrir á presenciárselas toda la juventud que necesita conocer los peligros que ofrece una baraja manejada por personas poco honradas.

Geroglífico.



(La solucion en el próximo número.)

ADVERTENCIAS.

Nuestros suscritores se impacientan con razon sobrada, por el retraso con que este año se reparte el *Almanaque de EL CASCABEL*; este retraso ha sido producido por varias causas que no hemos podido evitar. En justa compensacion añadimos un pliego mas al *Almanaque*, es decir, que en lugar de 96 páginas que tuvo el del año anterior, el de este año tiene 112 y una seccion higiénica de suma utilidad.

En la semana próxima lo recibirán nuestros suscritores.

Al entrar en prensa nuestro número, todavia no se nos ha comunicado la autorizacion de nuestro editor responsable, que reúne las condiciones legales.

No hay prisa.

ANUNCIOS.

LA ELEGANCIA.

PERIÓDICO DE MODAS Y LABORES.

Administracion única en Madrid, la de EL CASCABEL, Jardines, número 11.

La *Elegancia*, que antes se publicaba en Irua, y hoy se publica en Barcelona, es un periódico de modas, que sale cuatro veces al mes, en un pliego de buen papel con profusion de grabados en el testo, acompañando á cada número un figurin, grabado en acero é iluminado. —Los figurines de *La Elegancia* son siempre los mas adelantados; el primer periódico que recibe de Paris dibujos, patrones, etc., etc., es *La Elegancia*.

La suscripcion cuesta 40 reales al mes, y por 10 reales se reciben cuatro pliegos llenos de grabados, cuatro figurines, patrones, dibujos para bordar, etc., etc.

Historias tristes por D. C. Frontaura. Un tomito de 160 páginas, 4 rs. en la Administracion de EL CASCABEL.

Por lo contenido en este número. F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.